

corazon de los hombres; estos sentimientos nuevos han engendrado nuevas costumbres; y el desenvolvimiento de estas nuevas costumbres en los individuos, en la familia y en la sociedad ha hecho ver acá en la tierra como un mundo superior que nace en la cuna de Cristo para desarrollarse desde allí en los tiempos futuros.

Hé aquí, Señores, como el amor de Jesucristo ha cambiado con la atracción del mundo moral el movimiento de la humanidad, y ha determinado con su poder un progreso inmenso. Pues bien, todavía hoy es preciso que se renueve un cambio semejante, y que bajo el nuevo impulso del amor de Jesucristo se verifique un nuevo engrandecimiento. ¿De qué diriais que proviene, que nuestras costumbres propenden otra vez hácia el paganismo? ¡Ah! de que los corazones se han separado de Jesucristo; y al retirarse de él han abandonado su centro, y han vuelto de nuevo al abatimiento y á la decadencia. Es por desgracia demasiado cierto que no se ama á Jesucristo. Cuando veo en torno de mí tantos hermanos á quienes amo y quisiera hacer subir otra vez á la grandeza y felicidad que han perdido, ¿sabeis lo que penetra como una espada profunda mi corazon de apóstol? ¡Ah! es el verme obligado á exclamar en presencia de la realidad que me aflige: ¡Jesucristo no es amado! ¿Por ventura no habeis observado que para un gran número de cristianos Jesucristo se les hace cada día como si fuera un Dios extraño? ¡Ah! todavía me equivoco: viene á ser para muchos, no ya un Dios, sino un hombre, un reformador, un sabio; para otros muchos es ménos que esto, es una idea, una imágen, un símbolo, un mito: es una personificación que se imagina, no una persona que se ama.

Así podeis ver lo que es el amor de Dios en el fondo de esos corazones que han dejado apagar en sí mismos el fuego sagrado del amor de Jesucristo. Esos hombres que tienen aun el nombre de Cristo en los labios, pero que no tienen en el corazon nada absolutamente del amor de Jesucristo, ¿creeis tal vez que aman á Dios? ¿lo creeis? decídmelo. No, ellos no le aman; y el amor de Dios muere en el corazon de esos cristianos, como murió en otro tiempo en el corazon de los paganos.

Nuestros sabios, nuestros filósofos, nuestros reformadores del género humano, ¿aman por ventura á Dios? ¡Ah! en el fondo de sus doctrinas acerca de Dios, del hombre, de la creacion y de la provi-

dencia, el amor de Dios se desvanece como una quimera, un sueño, una imposibilidad: y las teorías panteístas, ganando de día en día las inteligencias enfermas y los corazones gangrenados, dejan esta humanidad triste ante la fría sombra del Dios impersonal. Y esos poetas, esos literatos, esos novelistas, esos dramaturgos, que han olvidado su bautismo y su primera comunión, ¿creeis acaso que aman á Dios? No; esos hombres, tal vez grandes de corazon y ricos de amor, echan al viento los tesoros de su corazon, y su amor sin objeto fijo y sin dirección generosa va á perderse en lo vago de sus aspiraciones, ó á desvanecerse en medio de sus vértigos en la embriaguez de la voluptuosidad. Y esas almas meditabundas y melancólicas, que al través de la atmósfera sombría de la realidad buscan las espléndidas visiones de lo ideal, y parecen llevar en sí mismas bastante amor para cubrir é inundar con él todo lo que respira sobre la tierra, ¿por ventura aman ellas á Dios? No, ellas no aman á Dios, sueñan sí lo imposible amándose á sí mismas: ellas van á todas las playas á derramar aquellas olas de amor en que rebosa su corazon, sin que tengan valor de ensayar una vez en su vida el hacer subir otra vez á su origen aquellos amores que se extravián.

Y si de un extremo pasamos á otro; si de las almas de los artistas, de los poetas, de todos esos amantes de lo ideal, pasamos á los adoradores de la materia, de lo positivo, de lo real, ¿hallarémos quizás el amor de Dios? Decídmelo, ¿esos industriales sin cristianismo, esos positivistas sin principios, esos realistas sin costumbres, aman á Dios? no obstante ellos tienen un corazon; y ¿adónde cae este corazon? ¿Qué! vosotros lo preguntais? sobre la materia y sobre la carne. Y todo ese pueblo que ni conoce ni ama á Jesucristo; todo ese pueblo que maneja el cincel, la lima ó el martillo, encorvado bajo la pesada carga de un trabajo que no interrumpe siquiera el día santo del Señor; todo ese pueblo ¿ama á Dios? ¿Qué pide ese pueblo? qué ambiciona ese pueblo? qué busca ese pueblo? No lo sé; pero Dios no está en sus deseos, Dios no está en sus ensueños, Dios no está en sus preocupaciones. ¿Y por qué? Porque Dios no está de ninguna manera en su amor. ¡Ah! ese pueblo que tiene también él necesidades generosas é instintos sublimes, amaba á Dios en otros tiempos, porque amaba á Jesucristo; y su vida por doblegada que pareciese bajo el peso del trabajo, volvía á

levantarse con el resorte de este amor : pero hoy dia nada absolutamente le levanta, porque nada absolutamente le hace amar á Dios. Y porque Dios no es amado, todo en estas nuevas generaciones desciende á lo que está mas distante de Dios ; y este amor separado como está de su centro, lo mismo hoy que tres mil años atras, tanto en Francia y en Paris como en la Grecia y en Roma pagana, todo vuelve con el corazon descarriado al orgullo, al sensualismo, á la codicia, al culto de la carne, á la idolatría del oro, á la adoracion de sí mismo : en una palabra, todo cae otra vez en la concupiscencia, único obstáculo al progreso ; y por ella y con ella todo tiende hácia su ruina, todo nos amenaza decadencia.

¿Quién hará, Señores, subir otra vez la humanidad?... ¡Ah! el único poder que la hizo subir hará luego dos mil años : el amor de Jesucristo, que apoderándose otra vez del corazon de los hombres, volverá á colocarlo en el corazon de Dios ; y rompiendo la barrera que le detiene, abrirá de nuevo delante de nosotros la carrera del progreso cerrada por la fuerza retrógrada de la concupiscencia. Este, este es el reinado de Dios que debe renovar la tierra y engrandecer la humanidad ; ya lo veis, es el reinado del amor, del amor de Jesucristo que se hace todo en todos y todo en cada uno ; del amor que une en sí mismo y por sí mismo los corazones de los hombres á Dios, y todos estos corazones entre sí por el corazon de Jesucristo Nuestro Señor... hé aquí el reinado de Dios por el que toda humanidad está clamando, y es la necesidad de nuestra época.

¡Ah! el mundo está lleno de corazones, de corazones amantes, fraternales, generosos, que sufren un malestar inmenso y no saben donde fijarse : y me parece ver en el fondo de estos corazones el amor que se agita con ansiedad, con temor, y casi se diría con desesperacion. Yo siento pasar por todas partes un viento universal que aspira el amor : viento dulce y terrible, fecundo y borrascoso á un tiempo. ¿Qué es ese viento? Son millones de corazones que se han separado de su centro, y que en sus movimientos extraviados dicen al pasar : Nosotros queremos amar, y no hallamos el amor. ¿Se ha sentido jamas como en nuestro tiempo en la atmósfera de las almas la aspiracion del amor, del amor que sueña, del amor que llama, del amor que sufre, del amor que se lamenta, del amor que se desespera, del amor que se siente morir

porque no halla donde reposar su vida? ¿Se han visto jamas los predicadores, los buscadores, los organizadores del amor fraternal, como se ven por todas partes en nuestro tiempo de luchas, de conmociones y de tormentas, tanto en las academias y escuelas, como en los partidos, los círculos y los talleres? ¿Y creéis vosotros que en el fondo de todo esto no hay nada que profetice? ¿Creéis vosotros que esta aspiracion de las almas y este soplo de los corazones que da á nuestro siglo estremecimientos mas profundos que á todos los siglos, no nos ha de traer nada? ¿y que todo esto en las miras de la Providencia no debe pasar entre nosotros sino como un huracan que á su paso hace remolinar el polvo del desierto?

¡Ah! Señores, es preciso que os desengañéis. Lo que la Providencia prepara, no es lo que los hombres meditan : no es, no, una lucha de odios, es una grande explosion del amor que preparará y realizará aquella explosion de santidad de que os he hablado. Sí, lo que la Providencia quiere, os lo digo en verdad, es una renovacion, es una restauracion, es en fin un inmenso progreso del amor. Sí, pero ¿cómo se hará esta restauracion? ¿cómo se realizará este progreso? ¡Ah! por el poder de este amor que restaura todas las cosas tanto en el cielo como en la tierra : por el poder del amor de Jesucristo.

Cuando veo delante de mí tantos amores que se extravían en el error, que se precipitan sobre la carne, ó que se pierden en el vacío ; y cuando veo tantos otros que no saben adonde van, me digo á mí mismo en un trasporte de amor fraternal y de ambicion apostólica : ¡Oh! si todos esos amores vinieran al centro de todo amor! Si esos corazones que huyen, que se descarrian, que desbarran, vinieran á converger todos en el corazon de Jesucristo! Si esos vientos vehementes que revuelven la tierra, conspiraran todos juntos para volver de nuevo todos esos corazones á su centro, es decir al corazon de Jesucristo! gran Dios! qué cambio en los hombres y qué restauracion en las cosas! qué elevacion en las almas, qué armonía en los corazones, qué fuerza en la sociedad, qué progreso en la humanidad! Yo me digo al contemplar el corazon abierto de Jesucristo, vivo habitáculo del amor : ¡Si todos nuestros corazones estuvieran allí!... ¡Ah! quizás es un sueño, pero este sueño me lo perdonaréis : yo sueño vuestra grandeza, vuestro progreso, vuestra felicidad ; yo sueño vuestro cielo sobre

la tierra en el corazón de aquel á quien amo. ¡Ah! perdonádmelo, es un sueño de amigo, es un sueño de hermano, es también un sueño de apóstol; y mi Dios que me lo envía, me dice al corazón, que este sueño puede ser con el tiempo y será cuanto antes, si no para todos, á lo ménos para un gran número, la dulce realidad. O Dios, vos quereis que nosotros conquistemos los corazones con el poder de vuestro corazón, y decis: ¿A quién enviaré? *Quem mittam?* Maestro, mi corazón os ha respondido: Aquí estoy, héme aquí, enviadme á mí: *Ecce ego, mitte me.* Yo creo en el poder de vuestro amor para triunfar del corazón de los hombres; poned su fuego en mi corazón, su llama en mi palabra, y enviadme: *Ecce ego, mitte me.* Si yo no me lo llevo todo, me llevaré una parte, la parte generosa, capaz de dar el impulso á la otra; y ¡ojalá haga ver esta minoría por el espectáculo de sus virtudes y el prodigio de su engrandecimiento moral, que el progreso por el cristianismo es el amor de Jesucristo que reine en los cristianos!

CONFERENCIA SÉPTIMA.

EL EGOISMO, OBSTÁCULO AL PROGRESO.

EMINENTÍSIMO SEÑOR,

Después de haber establecido que el cristianismo es el principio del progreso moral, porque produce la santidad que es el progreso moral en su mas alta potencia, hemos manifestado el secreto de este progreso en las reacciones poderosas que el cristianismo opone á todas las concupiscencias que degradan á la humanidad. Buscando en seguida cuál es la fuerza oculta que ha levantado á la humanidad y producido la santidad, causa efectiva de estas reacciones progresivas, hemos revelado este secreto en la palabra que resume todo el cristianismo práctico: *el amor de Jesucristo.*

Para poner coto al desenfreno de las concupiscencias que arrastran los hombres á la degradación, es indispensable colocar de nuevo el amor en su centro, volviéndolo otra vez á Dios. Jesucristo verifica por medio de su corazón este movimiento de restauración y de progreso. Dios-Hombre que es, se hace amar; y haciéndose amar, hace amar á Dios y vuelve el amor del hombre á su centro divino. Vuelto allí el amor del hombre, se transforma, y con el contacto del corazón de Jesucristo recibe algo de sus atributos divinos: hácese el mas elevado, mas ancho, mas profundo, mas fuerte, mas dulce, mas perfecto en todas maneras; y así es como este amor, entrando en el movimiento del progreso, todo lo arrastra tras sí, porque él mismo es el centro y el compendio del hombre en toda su integridad. Y de aquí hemos sacado por consecuencia, que el progreso cristiano no volvería á emprender entre nosotros su marcha, que cuenta ya diez y ocho siglos,